estudiados. De ahí que no todos fueran titulados, sino que alcanzarían la nobleza en el desempeño de su profesión.

García Baudín tampoco se olvida de los cargos políticos y en la administración civil que muchos de ellos desempeñaron, llegando incluso a la jefatura de gobierno. Ahora bien, a diferencia de lo sucedido en la España isabelina, los capitanes generales ya no ocuparon un papel determinante en la vida política de la España de la Restauración. Bien se ocupó de ello Cánovas, con la anuencia de Sagasta. Durante los reinados de Alfonso XII y de Alfonso XIII se optó por mantener a los militares en los cuarteles, pese a que muchos de ellos intervinieron en política. Por ejemplo, era normal que un militar fuese ministro de la Guerra, pero no tanto jefe de gobierno. La época en la que Espartero y Narváez se disputaban el poder había pasado. Como miembros de los Partidos Liberal o Conservador actuaron en política, sí, pero como actores secundarios, aunque algunos de ellos llegaron a tener importantes responsabilidades, como la ya mencionada de ministro o presidente del Senado, por ejemplo. En la Restauración ya no hablamos de espadones, aunque sí hubo capitanes generales que ejercieron de políticos y participaron de las mieles del poder. Pero los dirigentes de la época eran civiles, así como los líderes de las distintas formaciones políticas.

Por último, el autor tampoco se olvida del fallecimiento de estas personalidades, algunas de ellas de gran trascendencia en la vida pública de la España de la época. García Baudín analiza minuciosamente todo el componente simbólico del protocolo funerario que se estableció durante estos años, no olvidando tampoco las ne-

crológicas que los distintos periódicos, de diferentes ideologías, publicaron tras su deceso. En este sentido, no debemos olvidar que la muerte de algunos de ellos tuvo un fuerte impacto en la opinión pública, debido a sus éxitos militares o políticos. De ahí que, a partir de la documentación recogida por el autor, se puede analizar la imagen pública del finado y la popularidad de la que gozaba en el momento de su defunción.

En definitiva, cantidad de aspectos que García Baudín ha sabido recoger con paciencia y varios años de trabajo hasta llegar a ofrecernos un libro que, sin duda, tiene su interés para el campo de la sociología militar, aunque también para los historiadores interesados por la etapa de la Restauración. Ya que en él van a encontrar numerosos datos, fechas, etc. que les pueden ser de gran utilidad para sus estudios. Lástima que, siendo una edición francamente buena, la maquetación deje bastante que desear.

CARLOS LARRINAGA
(UNIVERSIDAD DE GRANADA)

Francisco J. Romero Salvadó: *¿Quién mató a Eduardo Dato? Comedia política y tragedia social en España, 1892-1921.* Granada: Comares (Comares Historia) 2020. 354 páginas.

Este libro es una investigación exhaustiva y analítica tanto de fuentes primarias como de gran parte de la historiografía académica más relevante sobre la crisis del régimen de 1876. No obstante, el título puede dar lugar a equívocos, ya que en diferentes apartados el autor se pregunta:

“¿Quién mató a Antonio Cánovas? España, laboratorio de conflicto social” (pp. 1-55), “El cartero siempre llama dos veces: ¿quién mató a Ferrer Guardia?”, “¿Quién mató a José Canalejas?” (pp. 141-167) y “¿Quién mató a Eduardo Dato? El crepúsculo de la comedia política” (pp. 303-329). Posiblemente, hubiera sido más adecuado un título que hiciese referencia a la noción de magnicidio como elemento motriz de los desajustes generados por la *tragicomedia* que caracterizó el sistema político de la Restauración.

Romero Salvadó utiliza las ilustraciones como una fuente primaria más siguiendo el camino marcado por el profesor Peter Burke en *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Es una muy buena aportación de este estudio, pero habría sido también muy útil que añadiesen una lista de las cincuenta y dos ilustraciones procedentes de la *Campaña de Gràcia*, *l'Esquella de la Torratxa*, el Ateneo Enciclopédico Popular, el *Petit Journal*, el *ABC* y *El Mundo Gráfico*. Además, en algunas, la citación es incompleta, como la del asesinato de Cánovas en la p. 53, así como en la caricatura de Joan Garcia-Junceda que originó los hechos del *Cu-cut*, en la p. 91, en la que no menciona al autor, ni que la publicaron el 23 de noviembre de 1905, o la fotografía de Antonio Maura, en la p. 116, en la que no se especifica su origen.

El libro muestra reiteradamente la “gran comedia” en la que se basaba el régimen de la Restauración, ya que como decía el dirigente liberal Natalio Ribas: “No es posible que ni este gobierno ni otro de un partido turnante hagan suyo un programa que garantice un parlamento que refleje la opinión del país (...) con un voto

libre de verdad no saldría ni un liberal ni un conservador”, la cita está en el prólogo p. XXII. Ahora bien, el autor, en la p. 5, asegura que el régimen de la Restauración española “no era excepcional sino que formaba parte del modelo oligárquico-constitucional imperante” siguiendo la tesis de la *normalidad* de la historia contemporánea española defendida por Adrian Shubert en *A Social History of Modern Spain*, en 1990, y que posteriormente difundieron los profesores Juan Pablo Fusi y Jordi Palafox en *España 1808-1996. El desafío de la modernidad*, en 1997. Esta tesis reaccionaba ante la visión que destacaba la *excepcionalidad* de la historia española, especialmente si se la comparaba con los Estados occidentales más desarrollados.

Ciertamente, existe un contexto general mundial en el cual, entre 1898 y 1923, entran en crisis, por diferentes razones y motivos, los denominados estados liberal-oligárquicos. Revoluciones populares, mesocráticas o las combinaciones de ambas tuvieron lugar a lo largo de los años inmediatamente anteriores y posteriores a la Gran Guerra. En este sentido, la revolución de julio de 1909, que la mayor parte de la historiografía identifica como la Semana Trágica, no habría sido un simple motín popular aislado del contexto mundial, sino un intento de revolución republicana que, pensada en clave española, se limitó geográficamente a Cataluña. En cambio, Romero Salvadó, en la p. 138, afirma, siguiendo al profesor Josep Termes, que los hechos de la Semana Trágica: “en cuanto a organización y objetivos distaba mucho de ser una revolución”. En este punto disiento tanto de mi recordado director de tesis, como del autor del libro que reseño, tal como he defendido

en artículos y en un libro escrito con David Martínez Fiol, con prólogo del profesor Juan Sisinio Pérez Garzón, en el que este afirma que “este libro recoge en su título la idea de revolución para definir lo ocurrido. Los autores se distancian así del tremendismo emocional de cuantos enfatizaron esa faceta terrible de destrucción y muerte [...] Josep Pich y David Martínez optan por el concepto revolución, que incluye no solo los hechos de sangre y violencia sino sobre todo significados y esperanzas de futuro [...] En definitiva, una revolución”.³³

En el capítulo cuarto, “El cataclismo de la Gran Guerra. La hora de la revolución”, Romero Salvadó explica que fueron unos años caracterizados por los intentos fracasados de modernizar el régimen político español de la Restauración. Para entender mejor estos acontecimientos le habrían sido útiles los libros de David Martínez Fiol y Joan Esculies, sobre los acontecimientos de 1917 y la Asamblea de parlamentarios.³⁴ Encuentro muy interesante su estudio sobre Brabo Portillo, el policía, espía y jefe de la ‘banda negra’ la primera organización de terrorismo ‘blanco’ que impulsó la guerra social que contribuyó a la instauración de la primera dictadura española del siglo xx.

En el sexto capítulo, explica detallada y muy correctamente lo que sucedió,

especialmente en Barcelona, durante el período del pistolero o guerra social; unos acontecimientos que el mismo Gramsci, p. 260, identificó como un movimiento precursor del fascismo italiano. Sin embargo, es de justicia señalar que el profesor Ucelay-Da Cal fue el primero en explicar la existencia de un *lobby* de presión formado por una buena parte de los jefes militares destinados en Cataluña al que identificó como el “partido militar”. Este era adversario tanto de revolucionarios como de catalanistas. En cambio, contaban con el apoyo de los civiles vertebrados en la Liga Patriótica Española, que Xavier Casals identifica como el primer fascismo español.³⁵

El libro finaliza con el asesinato de Eduardo Dato, el 8 de marzo de 1921, ya que para Romero Salvadó “simbolizó el acta de defunción de un sistema moribundo”, p. 329, aunque reconoce que el régimen sobrevivió treinta meses más. Es cierto que en 1921, y posiblemente antes, se había desvanecido el “encanto de la comedia política” y las élites de la Restauración pasaron a ser “meros comparsas de la tragedia social que consumía el país”. No obstante, para acabar con la *comedia* y la *tragedia atrapada en el tiempo* del régimen de la Restauración es necesario estudiar también los treinta meses que concluyeron la guerra social con la dictadura del general Miguel Primo de Rivera. De hecho, el período que va del asesinato de

³³ Juan Sisinio Pérez Garzón. 2019. “Prólogo”. En *La Revolución de julio de 1909. Un intento fallido de regenerar España*, Josep Pich y David Martínez Fiol, XV-XVI. Granada: Comares.

³⁴ David Martínez Fiol / Joan Esculies. 2018. *1917. El año que España pudo cambiar*. Sevilla: Renacimiento y, de los mismos autores, 2017. *L'Assemblea de Parlamentaris de 1917 i la Catalunya rebel*. Barcelona: Generalitat.

³⁵ Enric Ucelay-Da Cal. 1987. *Història de la Diputació de Barcelona, vol. II (1898-1931)*. Barcelona: Diputació de Barcelona, pp. 179-180. Véase también Xavier Casals. 2013. “Auge y declive del ‘partido militar’ de Barcelona (1898-1936)”. *Iberic@l. Revue d'études ibériques et ibéro-américaines*, 4: 163-180.

Dato al golpe de Estado de Primo de Rivera los principales líderes dinásticos impulsaron los últimos intentos fracasados de revitalización del régimen de 1876. En síntesis, *¿Quién mató a Eduardo Dato? Comedia política y tragedia social en España, 1892-1921* es una lectura imprescindible para todos los que estén interesados en estudiar la crisis de la Restauración española.

JOSEP PICH MITJANA
(UNIVERSITAT POMPEU FABRA,
BARCELONA)

María Xosé Vázquez Lojo y Raúl Soutelo Vázquez: *Salceda de Caselas nos tempos da emigración a América. Evolución da poboación, economía e dinámicas sociopolíticas locais (1880-1960)*. Pontevedra: Diputación de Pontevedra 2019. 447 páginas.

Salceda de Caselas es una obra grande. Escribo esta reseña desde mi piso en lugar de la biblioteca donde suelo trabajar; el libro pesa y no querría cargar con él durante todo el día. No lo podrás leer a ratos en el autobús, pero he de reconocer que el tamaño físico del volumen es necesario para abarcar una investigación de esta magnitud. La autora y el autor manejan una cantidad realmente abrumadora de fuentes y, con un perfecto dominio de las técnicas de la microhistoria, consiguen hacer de este pueblo pontevedrés un punto de partida para explorar algunas de las mayores cuestiones historiográficas de su período de estudio.

El libro no es sobre la emigración como tal. Está enfocado en la población,

la economía y las dinámicas sociopolíticas locales que juntas forman el subtítulo. A la vez, en el título (todo en mayúsculas) la emigración sí figura como el contexto imprescindible para la historia de esta villa y su contorno. Así, el título refleja de manera clara y bastante elegante la importancia del tema migratorio en la historiografía contemporánea de Galicia y, de hecho, toda la “macrorregión” migratoria que se extiende desde Euskadi hasta el tramo portugués del Duero/Douro. Aunque la emigración no sea el enfoque central de esta investigación, no es posible comprender la historia del norte ibérico sin tomarla en cuenta. En este sentido, Vázquez y Soutelo entretienen episodios de la vida salcedense con las actividades de los emigrados en ultramar. Los nombres de las calles de Río de Janeiro o la “quinta provincia gallega” en la Argentina se tratan con la misma familiaridad que las toponimias de la patria chica, y asociaciones como el bonaerense Centro de Protección Agrícola de Salceda de Caselas o la carioica Sociedade Pro Federación Agrícola de Salceda surgen como agentes activos en la campaña anti-caciquil. América estaba presente en Galicia con una cercanía e inmediatez ya difícilmente imaginable para muchos jóvenes del siglo XXI.

Quisiera detenerme aquí para mencionar el capítulo sobre metodología y fuentes. Los autores pudieron acceder a muchos archivos públicos, tal como se esperaría en una pesquisa de esta índole, y sobre todo a los archivos privados que los vecinos de Salceda y sus descendientes en América les facilitaron: cartas, facturas, documentos asociativos, periódicos, telegramas, las fotografías que acompañan el texto —o el testimonio oral de los